



ÉTICA DE LAS PROFESIONES

ÉTICA PROFESIONAL DE TRADUCTORES E INTÉRPRETES

Augusto Hortal Alonso

Contenido

PRESENTACIÓN	9
CAPÍTULO 1: ¿QUÉ ES LA ÉTICA?	
¿QUÉ ES LA ÉTICA PROFESIONAL?	15
I. Vida moral y Filosofía moral	15
II. “Ética” y “moral”, ¿significan lo mismo?	21
III. De la moral vivida a la Ética pensada: justificar la moral. De la Ética pensada a la moral vivida: practicar la Ética ..	25
IV. Ética y moral profesional	27
V. Ética de la traducción y de los traductores	32
VI. Ética y Deontología Profesional	40
CAPÍTULO 2: LA PROFESIÓN DE TRADUCTOR E INTÉRPRETE	
I. La multiplicidad de lenguas y la necesidad de traducir ...	46
II. Terminología y teoría de la traducción	57
III. Tipos y dimensiones de la traducción	66
a. Lenguaje oral y lenguaje escrito	68
b. La tensión entre lo propio y lo ajeno	71
c. Dimensiones subjetiva y objetiva del lenguaje	73
d. Relación entre hablar y hacer	76
IV. La traducción como práctica profesional	78
V. Los contextos de la práctica profesional	87
CAPÍTULO 3: EL BUEN HACER PROFESIONAL DE TRADUCTORES E INTÉRPRETES	
I. Éticas deontológicas y teleológicas. Utilitarismo y Ética de bienes	99
II. Actividades y prácticas. Bienes internos y externos	109

III. La traducción es una práctica: el bien interno de la traducción	113
IV. Traducir como forma de cooperar con otras actividades . .	119
V. El buen traductor y el traductor bueno	125
CAPÍTULO 4: EL DEBER DE RESPETAR A LAS PERSONAS,	
SU DIGNIDAD Y DERECHOS	133
I. La dignidad y autonomía de las personas	134
II. Ética de bienes y Ética de la dignidad	138
III. El deber de respetar a las personas, su dignidad y derechos	142
IV. La relación entre el buen hacer profesional y el respeto a las personas	148
V. Confidencialidad y secreto profesional	152
VI. Los derechos del profesional	155
CAPÍTULO 5: SENTIDO SOCIAL Y JUSTICIA DEL TRADUCTOR	
I. Sentido social de la práctica profesional de la traducción .	166
II. Criterios de justicia	170
III. La responsabilidad social del traductor: alcance y límites .	181
IV. Las situaciones laborales del traductor o intérprete	187
V. La contribución de los traductores a la promoción de una sociedad justa	190
CAPÍTULO 6: DEONTOLOGÍA Y CÓDIGOS DEONTOLÓGICOS	
I. La Deontología profesional	197
II. La <i>Translator's Charter</i>	203
III. El Juramento Jeronímico de Andrew Chesterman	205
IV. Temas para el debate deontológico	211
EPÍLOGO: EL TRADUCTOR, EL PERSONAJE Y SUS VIRTUDES .	
223	
BIBLIOGRAFÍA	
235	
ÍNDICE ANALÍTICO	
245	
ÍNDICE DE NOMBRES	
251	

Presentación

“Things are happening, good and bad, and translators are involved in numerous different ways”.

PYM (2001, 136).

Desde hace unos años la Ética profesional es asignatura obligatoria en los planes de estudio de los Centros Universitarios de la Compañía de Jesús en España (UNIJES). Los alumnos que se preparan para ser traductores o intérpretes profesionales son los primeros y principales destinatarios de este libro; a ellos quiere ofrecerles las informaciones y consideraciones que aquí se recogen. Más allá de los límites del aula universitaria este texto quisiera entrar en diálogo con los profesionales y con los profesores de Traducción e Interpretación, sean de Ética o de otras materias. Comparte con los otros títulos de esta colección un cierto aire de familia y un respaldo institucional. La Colección de Ética de las Profesiones de la EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER trata de servir de apoyo a la enseñanza de la Ética de las profesiones en las diferentes titulaciones universitarias. Tras la Colección está el GRUPO DE ÉTICA DE LAS PROFESIONES de los Centros Universitarios de la Compañía de Jesús en España (UNIJES). Sin el apoyo de este grupo y muy en especial, sin la colaboración de los otros dos coordinadores de la Colección, Ildefonso Camacho y José Luis Fernández, ni éste ni los otros volúmenes habrían visto la luz. Vaya aquí por delante mi reconocimiento agradecido.

No soy traductor profesional. Llevo muchos años enseñando Ética y Filosofía Política en la carrera de Filosofía. Hace algunos años traduje un libro. De la experiencia que tuve traduciendo y de lo que hizo la editorial con mi traducción (no la cambió ni manipuló; me pagó lo estipulado; pero retrasó la publicación del libro un par de años y cuando por fin salió, el tema había dejado de interesar; aunque lo reclamé, nunca llegó a mis manos ni un solo ejemplar del libro publicado) saqué la conclusión de no volver a traducir nada que no fuera por necesidad o por puro placer. Algunas veces, pocas, lo he hecho, sin que lo traducido haya sido publicado. Tal vez en esa experiencia radique mi admiración, mi solidaridad compasiva y mi agradecimiento a los traductores, sin los que nunca hubiese llegado a entender autores y textos que tenían mucho que decirme y hacerme disfrutar y pensar: sobre todo la Biblia. No recuerdo el nombre de casi ninguno de los traductores, a quienes debo haber podido leer a esos autores y esos textos. Como se ha señalado muchas veces, uno no se acuerda de mirar el nombre del traductor si no es cuando encuentra cosas que no entiende o que no están bien traducidas. En mis lecturas para escribir este libro me he encontrado con estos versos:

*"Many critics, no defenders,
Translators have but two regrets;
When they hit no one remembers,
When they miss no one forgets".*

(RASCHAUER, 1985, 355)

A primera vista, la ética de la traducción parece algo tan sencillo de formular como difícil de llevar a cabo: todo parece reducirse a la tan traída y llevada fidelidad y su opuesto: la traición. Pero, como dice BARBARA JOHNSON (1985, 142s), mientras crece cada vez más la estima de la alta fidelidad en los aparatos de reproducción audiovisual, baja sensiblemente la valoración de la fidelidad en las relaciones matrimoniales; también en la traducción pasa por horas bajas. Ciñéndonos al tema de la traducción, uno no acaba de saber si la fidelidad de la que hablan o hablaban los traductores y los traductólogos es una cualidad de las traducciones o una virtud de los traductores, si se trata de fidelidad lingüística o de fidelidad ética;

posiblemente se trataba de medir la fidelidad ética del traductor por el criterio que se deriva de la condición de la traducción de pretender ser una copia fiel o “exacta” del original. Hoy esa condición no sólo se estima imposible, sino además no deseable. La fidelidad de las traducciones y de los traductores es un concepto problematizado que va siendo sustituido por el de lealtad (NORD, 1997 y 2001) y fiabilidad del traductor; se aspira a una cierta equivalencia, variable según textos, contextos y funcionalidades, entre el texto traducido y la traducción del mismo.

Más recientemente se ha abordado la ética de la traducción como una actitud de acogida de lo diferente, del extranjero y de lo extranjero, del Otro (BERMAN, 2003). Si la idea de fidelidad insistía en la búsqueda de una correspondencia exacta entre el texto original y la traducción, buscando un isomorfismo entre las lenguas que siempre hay que aspirar a conseguir al máximo, aun a sabiendas de que es inalcanzable (ORTEGA Y GASSET, 1947), ahora, en cambio, el deseo de traducir está inspirado por la hospitalidad con que se acoge al extranjero; eso obliga a ampliar las potencialidades expresivas de la propia lengua y de la propia cultura para hacerle un hueco al que y a lo que es distinto de nosotros. Si la anterior tendía a ser una ética de la mismidad, esta otra es una ética de la diferencia.

No hay que negar el núcleo de verdad que hay en uno y otro planteamiento. VENUTI, (1995, 18) aboga decididamente por una ética de la diferencia; pero considera que toda traducción consiste en ofrecer algo culturalmente diferente como si fuera lo mismo. Nosotros nos proponemos ampliar la perspectiva ética a todo lo que hacen los traductores cuando actúan profesionalmente, cuando ejercen de mediadores lingüísticos entre personas, grupos, culturas separadas por lenguas diferentes. Más que de una ética de la traducción hablamos de una Ética de los traductores.

El mundo en que vivimos está escindido en mil fragmentos. La pluralidad de lenguas y culturas no es la única ni tal vez la más dolorosa o lamentable de las escisiones desde el punto de vista ético; las guerras, las desigualdades entre la sobreabundancia del Norte y la miseria del Sur, son más cuestionables y dolorosas. Pero la pluralidad lingüística, a la vez que una riqueza innegable, cons-

tituye un serio obstáculo para el buen entendimiento entre los habitantes de este mundo en que vivimos, también por cierto para acabar con los conflictos armados y con las desigualdades y miserias. Es mucho lo que hay que agradecer a los traductores por su contribución. Como dice la *Translator's Charter* de la Federación Internacional de Traductores, en el mundo actual la traducción es una actividad permanente, universal y necesaria que hace posible el intercambio intelectual y material entre las naciones, enriquece sus vidas y contribuye a un mejor entendimiento entre los hombres.

Por eso, aquí también queremos llamar la atención sobre la colaboración que los traductores prestan, por el mero hecho de traducir, a diferentes formas de comunicación y colaboración entre las personas, grupos y culturas. La Ética profesional de los traductores no puede hablar sólo de la traducción en sí misma, en general, sino de lo que hacen los traductores e intérpretes cuando ejercen su oficio en diferentes situaciones y al servicio de diferentes fines en relación activa con quienes contratan sus servicios y los destinatarios de los mismos. La Ética de traductores e intérpretes, como la de cualesquiera otros profesionales, se despliega en actuaciones responsables en contextos diferentes, al servicio de fines y personas diferentes.

La Ética profesional de la traducción, como de cualquier otra profesión, no es una perspectiva que viene a imponer desde fuera de la práctica profesional normas, límites y criterios. La Ética profesional nace de la misma entraña de la práctica profesional, consiste precisamente en estar comprometido y realizar responsablemente aquello que por una parte constituye el sentido y la razón de ser de esa práctica profesional, de lo que dicha práctica profesional bien ejercida aporta en general y en concreto a la vida humana de los seres humanos. Esto es lo que vamos a desplegar a lo largo de los diferentes capítulos del libro.

Por eso, tras haber presentado lo que es la Ética en general y lo que son las Éticas profesionales en particular (*capítulo 1*), presentaremos lo que es una profesión y en qué medida la profesión de traductor e intérprete cumple con las características de una práctica profesional, así como las diferentes modulaciones que tiene dicha profesión en los diferentes tipos y contextos (*capítulo 2*).

Hecho esto, estaremos en condiciones de entrar ya en el núcleo de la Ética profesional de Traductores e Intérpretes que estructuraremos en torno a tres grandes principios: El *principio del buen hacer profesional* o, lo que es lo mismo, del ejercicio competente y responsable de la práctica de traducir e interpretar en orden a conseguir y proporcionar el bien interno a dicha práctica (*capítulo 3*). Después trataremos del *principio ético del respeto a las personas*, de la dignidad, autonomía y derechos de todas las personas que intervienen o quedan afectadas por las actuaciones profesionales de los traductores e intérpretes, incluyendo a ellas mismas y los derechos del traductor en cuanto autor de la traducción (*copyright*) (*capítulo 4*). El capítulo siguiente está dedicado a situar el ejercicio de la práctica profesional de traductores e intérpretes en el horizonte social, tratando de ver el sentido que tiene dicho ejercicio profesional para la sociedad y las obligaciones de justicia que tiene o adquiere el traductor (*capítulo 5*). Sólo después de estos tres capítulos sobre los tres grandes principios abordaremos el tema de los códigos deontológicos tanto como tema en sí (lo que podrían y deberían ser) como presentando y comentando algunos más significativos (*capítulo 6*). Añadiremos un epílogo sobre las virtudes del traductor y la identidad ética del traductor.

Agradezco a Alfonso Drake, José Luis Fernández, Ramón Garrido y Javier de la Torre que leyeran una versión previa del libro y me hicieran llegar sus correcciones, comentarios y sugerencias; algunas han podido ser subsanadas. Gracias por ello.

Capítulo 1

¿Qué es la Ética?

¿Qué es la Ética profesional?

Objetivos

1. Saber distinguir y relacionar la vida moral y la reflexión ética.
2. Saber distinguir y relacionar la Ética general con las éticas aplicadas a la vida profesional.
3. Saber distinguir y relacionar la Ética con la Deontología profesional.
4. Saber enumerar los distintos enfoques de la Ética de la traducción y distinguirla y relacionarla con la Ética de los traductores.

I. VIDA MORAL Y FILOSOFÍA MORAL

La vida que vive cada persona es para ella la realidad primordial; se adelanta y está en la base, posibilitando cualquier otra realidad que podamos vivir. Porque vivimos, estudiamos; porque vivimos, trabajamos y descansamos, sufrimos y gozamos, amamos, odiamos o nos apasionamos, nos divertimos o nos aburrirnos, nos juntamos y nos separamos. La vida empieza por ser biológica y natural (natural en el sentido de que nos viene dada por el nacimiento), pero luego se despliega como vida afectiva, social, intelectual, familiar, cultural, moral, religiosa... Porque vivimos, nos planteamos cómo vivir, qué hacer con la vida; tal vez llegamos a plante-

arnos que no debiéramos vivir como vivimos o que otros viven de forma que nosotros no quisiéramos de ninguna manera vivir.

La vida por una parte se nos da hecha y configurada sin haber contado previamente con nosotros. Ortega y Gasset expresaba esto diciendo que “la vida nos es disparada a quemarropa”. Pero una vez que vivimos, está en nuestras manos vivir la vida de una manera o de otra, al menos hasta cierto punto. La dimensión ética o moral de la vida tiene como tema global plantearse cómo podemos, queremos y debemos vivir o en qué dirección es bueno que impulsemos nuestras vidas; porque podemos vivir bien o mal, mejor o peor, de una u otra forma, en distintos niveles y desde diferentes puntos de vista. La vida biológica de cada ser humano termina siendo también una vida biográfica; ya no es sólo un producto más de la evolución, sino cada cual pasa también a ser el autor y protagonista de su propia biografía. Lo que empezó sin él, ya no se puede desarrollar sin él.

No nacemos ni empezamos a vivir en el vacío o la indefinición más absoluta, vivimos implantados en una forma de vida, en una sociedad y en una cultura que aprueba unas formas de vivir y de actuar y desaprueba otras. Todas las culturas y todos los seres humanos sanos y adultos valoran determinadas formas de vivir y de actuar como positivas para la supervivencia, para la convivencia y para llevar una vida humana digna, plena y con sentido. Éste es un rasgo universal y necesario del vivir humano: somos seres constitutivamente morales. Mientras que el hecho de que haya moral lo consideramos como algo incontrovertible, las concreciones normativas de este hecho se nos presentan hoy como variables y problemáticas.

Quienes empiezan un curso de Ética, antes del primer día de clase, viven ya una vida moral. La siguen viviendo dentro y fuera del aula mientras estudian la Ética. Es de esperar que cuando terminen de estudiar o terminen el curso, la sigan viviendo. Lo mismo cabe decir de quien abre un libro de Ética para leerlo. La vida moral precede, acompaña y sobrevive a toda reflexión ética. No sólo viven ya moralmente los que se proponen filosofar sobre la vida moral, sino que también ya han pensado y piensan algo sobre ella. Uno no vive una vida moral sin tener cierta idea acerca de

ella, en ocasiones cuestionándose si esa idea es correcta o no. Lo habrá pensado con mayor o menor radicalidad, de modo más o menos metódico o sistemático, habiendo llegado o no a conclusiones, pudiendo argumentar o no sobre sus convicciones, etc. Pertenece a la entraña de la vida moral, pensarla de una u otra manera, pensar cómo tenemos que vivirla; esto tiene especial relevancia en condiciones de modernidad reflexiva, de desarraigo de los modos de vida heredados como obvios, legítimos, tradicionales. Con más o menos fortuna, acierto o corrección, toda persona moral tiene algo de filósofo moral.

La Ética, Filosofía Moral o moral pensada, está pues anclada, tiene su origen, su razón de ser y su horizonte de incidencia en la vida moral, en la moral vivida. Busca radicalizar las cuestiones hasta intentar alcanzar argumentos racionales, razones que justifiquen por qué unas formas de vivir y de actuar son recomendables y otras no... busca también claridad, método, orden sistemático... tratando de hacerlo en diálogo con aquellos que se han dedicado o se dedican a ello.

Estamos introduciendo un texto de Ética profesional, es decir, unas reflexiones éticas dirigidas a unos profesionales y a quienes se preparan para serlo, para aclarar cómo es bueno realizar su trabajo no sólo de forma competente, sino también responsable y honesta. Los profesionales son personas que se supone que son competentes para hacer algo mejor que los que no son profesionales. Los filósofos morales son también un grupo de expertos, especializados en tratar filosóficamente las cuestiones de moral, pero son competentes en tratar filosóficamente algo –la vida moral– que compete a todos y cada uno.

La vida moral está en el origen de la Filosofía Moral o Ética; la precede, le da el caldo de cultivo cultural, el lenguaje, los contextos, el horizonte de búsqueda, los temas y los conflictos sobre los que pensar. La vida moral no sólo precede, también acompaña al pensamiento moral. En el filósofo moral que piensa los temas de la vida moral resuena inevitablemente la clase de persona que es, la cultura, la clase social y la generación a las que pertenece o de las que se distancia, el colectivo profesional del que forma parte y con el que se identifica en mayor o menor grado... Las cuestiones y

búsquedas que la vida moral plantea a la Ética tienen que ver con los contextos en los que vive el que filosofa.

La vida moral, moral vivida, no es pues sólo el objeto que estudia la Filosofía Moral o moral pensada, es además y de manera constitutiva la condición de posibilidad y el caldo de cultivo –cultural, social, histórico– de esa misma Filosofía Moral o moral pensada. Esto que puede ser igualmente verdad para la Psicología de la moral o para la Sociología de la moral, lo es de modo muy especial y constitutivo para la Filosofía Moral, pues ésta –a diferencia de aquéllas– no se limita a estudiar la moral como un objeto, describiéndolo o correlacionando unos factores o variables objetivas con otras, sino que hace suyo el carácter valorativo de la vida moral y se propone ofrecer criterios orientadores que justifican un modo de actuar o descalifican otro modo de proceder. No se trata de que la Ética se dedique a impartir normas sin justificarlas, se trata de que cuando la Ética está en condiciones de ofrecer argumentos para actuar de una manera y no de otra, esos argumentos son vinculantes, obligan moralmente en la misma medida en que convencen las razones que se dan para justificarlos.

La Ética o Filosofía Moral está pues en deuda originaria y permanente con la vida moral; tanto, que cabe preguntarse si no es un añadido superfluo o un adorno reflexivo a lo que ya somos y sabemos por el mero hecho de vivir una vida moral. Esta objeción no es un puro ejercicio de retórica; atañe muy centralmente al modo de relación no sólo entre moral pensada y moral vivida, sino también al modo de entender las relaciones y la comunicación entre expertos (en este caso en Filosofía Moral) y aquellos (todos) que llevan una vida moral. El filósofo moral si se dedica a serlo se convertirá en experto, pertenecerá al gremio o colectivo de las personas específicamente dedicadas a estudiar, escribir, enseñar Filosofía Moral. Eso ni lo hacen todos ni se hace en cualquier parte. Tiene sus espacios, tiene sus usos, sus instituciones... Pero lo que hacen y dicen los expertos dedicados a filosofar sobre la vida moral no les da atribuciones para sustituir a las personas que viven su vida moral sin dedicarse profesionalmente a hablar, escribir, enseñar y pensar sobre ella. Los filósofos morales son –se supone– com-

petentes en pensar sobre la vida moral, es decir, sobre algo que, como hemos dicho, compete a todos y cada uno. Nadie puede lícitamente delegar su responsabilidad moral en otros, aunque éstos sean expertos o sean considerados como expertos.

La Ética o moral pensada se distingue de la moral vivida por el hecho de que todos vivimos una vida moral mientras que sólo algunos se dedican a reflexionar filosóficamente sobre esa vida. Decíamos que en cada ser humano hay algo de filósofo moral por cuanto piensa sobre lo que vive; pero sólo algunos se dedican profesionalmente a ello, dedican tiempo a leer, a pensar, a escribir, a enseñar de modo sistemático, con método, con arreglo a unos usos establecidos, en unos espacios y tiempos establecidos, etc. Unos se dedican explícitamente a ello; otros sólo lo hacen esporádicamente, ocasionalmente o por *hobby*. La vida moral la vivimos y viviremos todos en todas partes. La Ética se estudia, por ejemplo, como asignatura de un curso de Filosofía o la correspondiente Ética Profesional se estudia como asignatura de diferentes titulaciones, en nuestro caso de la titulación de Traducción e Interpretación. Como asignatura académica, la Ética es una actividad ocupacional especializada de la que se encargan unos expertos profesionalmente dedicados a ella. Tiene sus contextos, sus usos y tradiciones, su lenguaje, su historia. Hay sitios donde la Filosofía Moral está en su sitio y otros donde está fuera de lugar. La pedantería –decía García Morente– es el vicio del profesor que no se baja de la cátedra ni cuando está en una tertulia de amigos, en una excursión o en el salón de su casa con su familia.

Ese grupo de expertos que supuestamente forman los filósofos morales constituye un grupo humano más o menos definido, cultivan un saber que cuenta con una larga tradición de cuestiones, de terminología, de logros indudables, cumbres del pensamiento moral, etc. Con ese “grupo de expertos” entran en contacto a través del profesor y de los libros de Ética quienes hacen una asignatura de Ética o Filosofía Moral. Pero sobre esos mismos temas algo sabemos ya por el mero hecho de vivirlos. Conviene distinguir y a la vez relacionar lo que sabemos de la vida moral por el hecho de vivirla y lo que aprendemos a clarificar, justificar o cuestionar sobre esos mismos temas por el hecho de estudiar Ética.